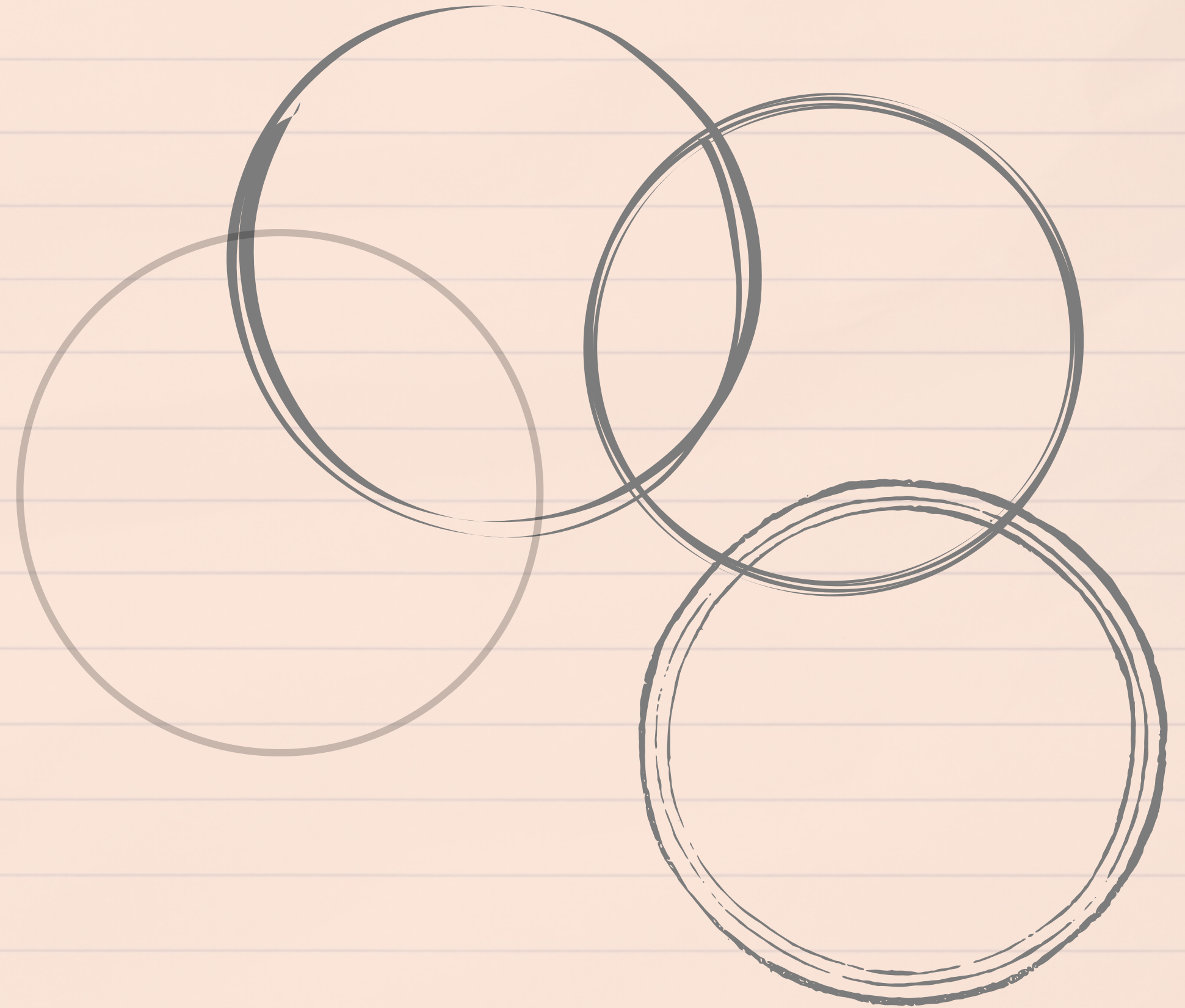




FAMILY FRIENDLY KIT



La Obra es una familia y las supernumerarias encontráis fuerza e inspiración en esa vida en familia para sacar adelante vuestras propias familias y lanzarse a ayudar a otras familias.

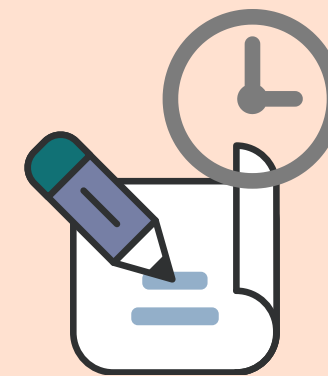
Objetivos

1. Reavivar el ambiente de familia y amistad en los grupos de supernumerarias, en las actividades de san Gabriel, etc.

2. Encontrar modos concretos de fomentar que cada persona (supernumeraria, cooperadora, amiga) se sienta acogida cuando participa en alguna actividad.

En primer lugar, acogida ella misma y, con ella, todo lo suyo, y que esto también facilite que los medios de formación sean más deseados.

3. Identificar algunas características esenciales para que haya y se reconozca el ambiente de familia, y para que los medios de formación ayuden a sentirse más parte de la familia de la Obra, y santificar la propia familia, ayudando también a otras.



¿Estás preparada? 

Dinámica del trabajo



1. Presentación (15 minutos).

Se facilitan algunas preguntas para pensar y textos para estudiar, de manera personal y después en grupos

2. Cada participante lee las preguntas, los textos y reflexiona sobre para responder (1 hora).

3. Trabajo en grupo para preparar la puesta en común (1 hora)

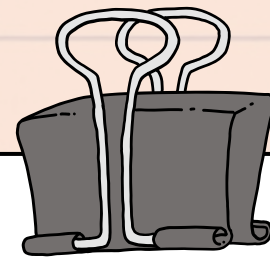
Hacemos una “lluvia de ideas” (dando respuesta a las preguntas) de manera ágil y participativa; vamos anotando y ordenando las ideas de todas (en una pizarra, con papeles tipo post-it, etc).

Sacar las conclusiones del grupo: interesa que el resultado se materialice en algo concreto (un diseño estratégico del family friendly essentials, algunas frases fáciles de recordar, alguna iniciativa práctica, etc.) Se trataría de un material que cada participante se pueda llevar para seguir reflexionando.

4. Compartir las conclusiones de este taller

en la convivencia: en el congreso Reto XXI presentamos las conclusiones a las demás y entregamos el material que hemos preparado

al acabar la convivencia: en propio centro, con la encargada del grupo, el consejo local y/o la delegación.



material para trabajar



La acogida



salir al encuentro





Preguntas grupales

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Cuáles son las características [de las personas] que facilitan la acogida y sentirse en familia?
2. ¿Cómo lograr que todas seamos parte de este esfuerzo por mejorar la vida de familia?
3. ¿Cómo podemos lograr que todas, con de sus distintas personalidades, circunstancias y necesidades, se sientan acogidas?
4. ¿Sabemos estar cerca de las supernumerarias, de manera concreta, en las alegrías (fechas importantes, etc.) y en los momentos difíciles (enfermedad, luto, dificultades familiares, etc.)?
5. ¿Tenemos iniciativa para organizar planes que faciliten el encuentro con otras supernumerarias?

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN



Preguntas personales

1. ¿Qué ayuda para acompañar bien a las otras personas de Casa?
2. ¿Estoy unida a las demás del grupo, a pesar de las diferencias de ambiente de procedencia, opiniones, personalidad, estilo, etc.? ¿Es esto una ocasión para enseñar a mi propia familia a vivir la apertura hacia otras familias?
3. ¿Conozco la historia familiar de las otras personas del grupo en la medida que la quieren compartir, para hacerme cargo de cuáles han sido sus experiencias y cómo acogerlas?
4. ¿Soy consciente de que tener situaciones adversas e “imperfectas” no impide, con la gracia de Dios y la ayuda de la formación, poder vivir bien mi vocación y ser acogida?
5. ¿Sé darme cuenta cuando alguna no ha estado presente en los medios de formación y me intereso por ella?
¿Comparto mis preocupaciones por las demás con la encargada de grupo/celadora?
6. ¿Cómo hacer para que las prisas, las preocupaciones, no me distraigan de las demás cuando estoy con ellas?

Leer y reflexionar algunos de los siguientes textos que se facilitan



Papa Francisco. Audiencia general, 11 de enero de 2023

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Empezamos hoy un nuevo ciclo de catequesis, dedicado a un tema urgente y decisivo para la vida cristiana: la pasión por la evangelización, es decir, el celo apostólico. Se trata de una dimensión vital para la Iglesia: la comunidad de los discípulos de Jesús de hecho nace apostólica, nace misionera, no proselitista y desde el principio debíamos distinguir esto: ser misionero, ser apostólico, evangelizar no es lo mismo que hacer proselitismo, no tiene nada que ver una cosa con la otra. Se trata de una dimensión vital para la Iglesia, la comunidad de los discípulos de Jesús nace apostólica y misionera. El Espíritu Santo la plasma en salida —la Iglesia en salida, que sale—, para que no se repliegue en sí misma, sino que sea extrovertida, testimonio contagioso de Jesús —también la fe se contagia—, orientada a irradiar su luz hasta los últimos confines de la tierra. Pero puede suceder que el ardor apostólico, el deseo de alcanzar a los otros con el buen anuncio del Evangelio, disminuya, se vuelva tibio. A veces parece eclipsarse, son cristianos cerrados, no piensan en los demás. Pero cuando la vida cristiana pierde de vista el horizonte de la evangelización, el horizonte del anuncio, se enferma: se cierra en sí misma, se vuelve autorreferencial, se atrofia. Sin celo apostólico, la fe se marchita. Sin embargo, la misión es el oxígeno de la vida cristiana: la tonifica y la purifica. Emprendemos, pues, un camino al descubrimiento de la pasión evangelizadora, empezando por las Escrituras y la enseñanza de la Iglesia, para obtener de las fuentes el celo apostólico. Después nos acercaremos a algunas fuentes vivas, a algunos testimonios que han encendido de nuevo en la Iglesia la pasión por el Evangelio, para que nos ayuden a reavivar el fuego que el Espíritu Santo quiere hacer arder siempre en nosotros.

Y hoy quisiera empezar por un episodio evangélico de alguna manera emblemático, lo hemos escuchado: la llamada del apóstol Mateo, y él mismo lo cuenta en su Evangelio, en el pasaje que hemos escuchado (cfr. 9,9-13).

Todo empieza por Jesús, el cual “ve” —dice el texto— «un hombre». Pocos veían a Mateo tal y como era: lo conocían como aquel que estaba «sentado en el despacho de impuestos» (v. 9). De hecho, era un recaudador de impuestos: es decir, uno que recaudaba tributos de parte del imperio romano que ocupaba Palestina. En otras palabras, era un colaboracionista, un traidor del pueblo. Podemos imaginar el desprecio que la gente sentía por él: era un “publicano”, así se llamaba. Pero, a los ojos de Jesús, Mateo es un hombre, con sus miserias y su grandeza. Estad atentos a esto: Jesús no se detiene en los adjetivos, Jesús busca siempre el sustantivo. “Este es un pecador, este es un tal para cual...” son adjetivos: Jesús va a la persona, al corazón, esta es una persona, este es un hombre, esta es una mujer, Jesús va a la sustancia, al sustantivo, nunca al adjetivo, olvida los adjetivos. Y mientras entre Mateo y su gente hay distancia —porque ellos veían el adjetivo, “publicano” —, Jesús se acerca a él, porque todo hombre es amado por Dios; “¿También este desgraciado?”. Sí, también este desgraciado, es más, Él ha venido por este desgraciado, lo dice el Evangelio: “Yo he venido por los pecadores, no por los justos”. Esta mirada de Jesús que es hermosa, que ve al otro, sea quien sea, como un destinatario de amor, es el inicio de la pasión evangelizadora. Todo parte de esta mirada, que aprendemos de Jesús.

Podemos preguntarnos: ¿Cómo es nuestra mirada hacia los otros? ¡Cuántas veces vemos los defectos y no las necesidades; cuántas veces etiquetamos a las personas por lo que hacen o lo que piensan! También como cristianos nos decimos: ¿es de los nuestros o no es de los nuestros? Esta no es la mirada de Jesús: Él mira siempre a cada uno con misericordia, es más, con predilección. Y los cristianos están llamados a hacer como Cristo, mirando como Él especialmente a los llamados “alejados”. De hecho, el pasaje de la llamada de Mateo se concluye con Jesús que dice: «No he venido a llamar a justos, sino a pecadores» (v. 13). Y si cada uno de nosotros se siente justo, Jesús está lejos, Él se acerca a nuestros límites y a nuestras miserias, para sanarnos.

Por tanto, todo empieza por la mirada de Jesús “Vio a un hombre”, Mateo. A esto le sigue —segundo paso— un movimiento. Primero la mirada, Jesús vio, después el segundo paso, el movimiento. Mateo estaba sentado en el despacho de los impuestos; Jesús le dijo: «Sígueme». Y él «se levantó y le siguió» (v. 9). Notamos que el texto subraya que “se levantó”. ¿Por qué es tan importante este detalle? Porque en esa época quien estaba sentado tenía autoridad sobre los otros, que estaban de pie delante de él para escucharlo o, como en ese caso, para pagar el tributo. Quien estaba sentado, en resumen, tenía poder. Lo primero que hace Jesús es separar a Mateo del poder: del estar sentado recibiendo a los otros le pone en movimiento hacia los otros; no recibe, no: va a los otros; le hace dejar una posición de supremacía para ponerlo a la par con los hermanos y abrirle los horizontes del servicio. Esto hace y esto es fundamental para los cristianos: nosotros discípulos de Jesús, nosotros Iglesia, ¿estamos sentados esperando que la gente venga o sabemos levantarnos, ponernos en camino con los otros, buscar a los otros? No es cristiano decir: “Pero que vengan, yo estoy aquí, que vengan”. No, ve tú a buscarlos, da tú el primer paso.

Una mirada —Jesús vio—, un movimiento —se levanta— y tercero, una meta. Después de haberse levantado y haber seguido a Jesús, ¿dónde irá Mateo? Podríamos imaginar que, cambiada la vida de ese hombre, el Maestro lo conduzca hacia nuevos encuentros, nuevas experiencias espirituales. No, o al menos no enseguida. En primer lugar, Jesús va a su casa; ahí Mateo le prepara «un gran banquete», en el que «había un gran número de publicanos» (Lc 5,29) es decir, gente como él. Mateo vuelve a su ambiente, pero vuelve cambiado y con Jesús. Su celo apostólico no empieza en un lugar nuevo, puro, un lugar ideal, lejano, sino ahí, empieza donde vive, con la gente que conoce. Este es el mensaje para nosotros: no debemos esperar ser perfectos y tener hecho un largo camino detrás de Jesús para testimoniarlo; nuestro anuncio empieza hoy, ahí donde vivimos. Y no empieza tratando de convencer a los otros, convencer no: sino testimoniando cada día la belleza del Amor que nos ha mirado y nos ha levantado y será esta belleza, comunicar esta belleza la que convenza a la gente, no comunicarnos nosotros, sino al mismo Señor. Nosotros somos los que anuncian al Señor, no nos anunciamos a nosotros mismos, ni anunciamos un partido político, una ideología, no: anunciamos a Jesús. Es necesario poner en contacto a Jesús con la gente, sin convencerles, sino dejar que el Señor convenza. Como de hecho nos ha enseñado el Papa Benedicto, «la Iglesia no hace proselitismo. Crece mucho más por atracción» (Homilía en la misa inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, 13 de mayo de 2007). No olvidéis esto: cuando veáis a cristianos que hacen proselitismo, que te hacen una lista de gente para que vayas... estos no son cristianos, son paganos disfrazados de cristianos, pero el corazón es pagano. La Iglesia crece no por proselitismo, crece por atracción. Una vez recuerdo que en el hospital de Buenos Aires se fueron unas monjas que trabajaban allí porque eran pocas y no podían sacar adelante el hospital y vino una comunidad de hermanas de Corea y llegaron, pongamos un lunes, por ejemplo, no recuerdo el día. Tomaron posesión de la casa de las hermanas del hospital y el martes bajaron a visitar a los enfermos del hospital, pero no hablaban una palabra de español, solamente hablaban coreano y los enfermos estaban felices, porque comentaban: “Buenas estas monjas, buenas, buenas” – Pero ¿qué te ha dicho la monja? – “Nada, pero con la mirada me ha hablado, han comunicado a Jesús”. No comunicarse a sí mismo, sino con la mirada, con los gestos, comunicar a Jesús. Esta es la atracción, lo contrario del proselitismo.

Este testimonio atractivo, este testimonio alegre es la meta a la que nos lleva Jesús con su mirada de amor y con el movimiento de salida que su Espíritu suscita en el corazón. Y nosotros podemos pensar si nuestra mirada se parece a la de Jesús para atraer a la gente, para acercar a la Iglesia. Pensemos en esto.

Carta pastoral de 16-II-2023 sobre la Fraternidad

En la Iglesia y en el mundo

16. El cuidado de la fraternidad es una manifestación de que la Obra, como parte de la Iglesia, es familia de Dios. Si procuramos querernos, comprendernos, perdonarnos, servirnos, también contribuiremos muy directamente, por la comunión de los santos, a la unidad de todos los creyentes, y de la humanidad entera. San Josemaría decía que «el principal apostolado que los cristianos hemos de realizar en el mundo, el mejor testimonio de fe, es contribuir a que dentro de la Iglesia se respire el clima de la auténtica caridad. Cuando no nos amamos de verdad, cuando hay ataques, calumnias y rencillas, ¿quién se sentirá atraído por los que sostienen que predicán la Buena Nueva del Evangelio?»[23]. Pido al Señor que seamos siempre instrumentos de unidad en nuestra propia casa, en la Obra, en la Iglesia y en toda la sociedad.

El cuidado de la fraternidad también aportará luz y calor a nuestro mundo, que muchas veces se encuentra a oscuras, o que sufre el frío de la indiferencia. Nuestros hogares –los de los agregados, los de los supernumerarios y los centros de la Obra– han de ser «luminosos y alegres». Hogares abiertos, en los que puedan participar muchas personas, también aquellas a las que quizá les falta ese calor de hogar. El testimonio de una familia cristiana que procura estar unida, de modo que aun con sus limitaciones personales, cada uno mantiene la disposición de perdonar, de querer, de servir, será un punto de referencia para muchos. Como sobre todo lo fue, lo es y lo será siempre el hogar de Nazaret. No olvidemos aquello que nos decía san Josemaría: «A esa familia pertenecemos».

La fraternidad bien vivida es un apostolado inmediato: tantas personas verán el cariño que nos tenemos y podrán exclamar, como lo hicieron con los primeros cristianos, «mirad cómo se aman»[24]; se sentirán atraídos por ese amor cristiano, por esa «caridad que es una cierta participación del amor infinito, que es el Espíritu Santo»[25].

* * *

17. Termino ya, releyendo con vosotros estas otras palabras de nuestro Padre: «Corazón, hijos míos, poned el corazón en serviros. Cuando el cariño pasa por el Corazón Sacratísimo de Jesús y por el Dulcísimo Corazón de María, la caridad fraterna se ejercita con toda su fuerza humana y divina. Anima a soportar la carga, quita pesos, asegura la alegría en la pelea. No es algo pegadizo, es algo que fortalece las alas del alma para alzarse más alta; la caridad fraterna, que no busca su propio interés (cfr. 1 Cor 13,5), permite volar para alabar al Señor con un espíritu de sacrificio gustoso»[26].

Carta pastoral de 1-XI-2019 sobre la Amistad y fraternidad

14. El beato Álvaro del Portillo escribió que “filiación y amistad son dos realidades inseparables para los que aman a Dios” [29]. Análogamente, entre fraternidad y amistad se da una íntima relación. La fraternidad, de simple relación fundamentada en la común filiación, se hace amistad por el cariño entre hermanos, con lo que comporta de interés mutuo, comprensión, comunicación, servicio atento y delicado, ayuda material, etc.

En ese sentido, también la fraternidad radicada en la común vocación a la Obra pide expresarse en una amistad, que alcanza su madurez cuando el bien que se desea para el otro es su felicidad, su fidelidad y su santidad. Al mismo tiempo, esta amistad no es “particular” en el sentido de exclusiva o excluyente, sino que está siempre abierta a los demás, aunque las limitaciones de espacio y tiempo no permitan una igual intensidad de comunicación y trato con todos.

“Con una caridad exquisita –que es característica de la Obra de Dios– nos ayudamos unos a otros a vivir y a querer la propia santidad y la santidad de los demás; y nos sentimos fuertes, con aquella fortaleza de los naipes que –solos– no se pueden sostener, pero que, apoyándose mutuamente, forman castillos que se mantienen en pie” [30]. Así, el amor que nos une entre nosotros es el mismo amor que mantiene la Obra unida.

15. La amistad es un apoyo y un estímulo constante para la misión que se comparte. Con nuestros hermanos compartimos también nuestras alegrías y proyectos, nuestras preocupaciones e ilusiones, aunque, lógicamente, hay aspectos de la propia vida de relación con Dios que, al menos de ordinario, se reservan a la dirección espiritual. Lo mismo sucede en la amistad entre los esposos, entre padres e hijos y, en general, entre buenos amigos.

El esfuerzo por hacer la vida agradable a los demás es un empeño gustoso, que forma parte de la vida diaria. En este campo, obrando con sentido común y sentido sobrenatural, difícilmente existirán excesos. Al contrario, se trata de un componente fundamental del camino a la santidad. “No me importa repetirlo muchas veces. Cariño, lo necesitan todas las personas, y lo necesitamos también en la Obra. Esforzaos para que, sin sensiblerías, aumente siempre el afecto hacia vuestros hermanos. Cualquier cosa de otro hijo mío debe ser –¡de verdad!– muy nuestra” [31]. Cariño es lo que recuerdan especialmente quienes convivieron con nuestro Padre. Un cariño que le llevaba a procurar lo mejor para cada hija y cada hijo suyo, y que al mismo tiempo le empujaba a amar profundamente su libertad.

16. El cariño entre hermanos, que es caridad, lleva, por una parte, a ver a los demás con los ojos de Cristo, descubriendo siempre de nuevo su valor. Y, por otra, empuja a quererles mejores, más santos. San Josemaría nos animaba: “Tened siempre el corazón muy grande, para amar a Dios y para amar a los demás. Yo le pido muchas veces al Señor que me dé un corazón a su medida; en primer lugar, para llenarme más de Él, y luego para querer a todas las criaturas, sin murmurar jamás, sabiendo comprender y disculpar los defectos de los otros, porque no puedo olvidar cuánto me aguantó Dios a mí. Esa comprensión, que es verdadero cariño, se manifiesta también en la corrección fraterna, cuando sea necesaria, porque es un medio completamente sobrenatural de ayudar a los que nos rodean” [32]. La corrección fraterna nace del cariño; manifiesta que queremos que los demás sean cada vez más felices. A veces, puede costar hacerla y también por eso la agradecemos.

17. La felicidad personal no depende de los éxitos que conseguimos sino del amor que recibimos y del amor que damos. El amor de nuestros hermanos y hermanas nos da la seguridad que necesitamos para seguir “combatiendo una hermosísima guerra de amor y de paz: in hoc pulcherrimo caritatis bello! Tratamos de llevar a todos los hombres la caridad de Cristo, sin excepción de lenguas, ni de naciones, ni de circunstancias sociales”[33]. Sabemos cuánto le gustaba a nuestro Padre esta frase de la Escritura: Frater qui adiuvatur a fratre quasi civitas firma (Vg. Pr 18,19); el hermano que es ayudado por su hermano es como una ciudad amurallada.

Durante las últimas tertulias que compartió con nosotros, don Javier nos repetía con frecuencia: “¡Que os queráis!”. Se trataba de una llamada que, como siempre, era un eco de las intenciones de nuestro Padre: “¡Con cuánta insistencia el Apóstol San Juan predicaba el *mandatum novum*! –¡Que os améis los unos a los otros! –Me pondría de rodillas, sin hacer comedia –me lo grita el corazón–, para pedir os por amor de Dios que os queráis, que os ayudéis, que os deis la mano, que os sepáis perdonar. Por lo tanto, a rechazar la soberbia, a ser compasivos, a tener caridad; a prestaros mutuamente el auxilio de la oración y de la amistad sincera” [34].

Carta pastoral de 14-II-2017 con las líneas impulsadas después del Congreso General

Importancia de la familia

21. El Papa enseña en su segunda encíclica: «En la familia se cultivan los primeros hábitos de amor y cuidado de la vida, como por ejemplo el uso correcto de las cosas, el orden y la limpieza, el respeto al ecosistema local y la protección de todos los seres creados. La familia es el lugar de la formación integral, donde se desenvuelven los distintos aspectos, íntimamente relacionados entre sí, de la maduración personal»¹. Se madura con el tiempo y con la mirada puesta adelante con confianza: es preciso fomentar en las familias el sentido hondo de la virtud de la esperanza.

Convendrá estudiar modos prácticos para desarrollar la preparación al matrimonio, sostener el amor mutuo entre los esposos y la vida cristiana en las familias, impulsar la vida sacramental de abuelos, padres e hijos, especialmente la confesión frecuente. Cristo abraza todas las edades del hombre, nadie es inútil o superfluo.

El Congreso valora la acción de grupos de estudio sobre el papel educativo, social y económico de la familia, con vistas a crear en la opinión pública un ambiente favorable a las familias numerosas. Será oportuno reforzar la atención a las que ya están en relación con los diversos instrumentos apostólicos (kindergarten, colegios, clubes, universidades, residencias).

La Orientación familiar, tan alentada por don Javier, sigue siendo una prioridad, pues contribuye eficazmente a consolidar el amor mutuo de los esposos y su apertura a la vida, y facilita que desde la realidad de la familia natural se desemboque en la alegría de la familia como espacio espiritual cristiano. Con muchas iniciativas se llega cada vez a más familias jóvenes y se realiza una amplia labor formativa. Se descubre así a muchas personas la belleza del matrimonio sacramental, imagen de la unión de Cristo con su Iglesia (cfr. Ef 5, 32): con el sacramento, la paz y la alegría del Espíritu Santo entran en los hogares. En el amor mutuo de los padres, como en la liturgia y en la comunión de la Iglesia, Dios «nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este "antes" de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta»².



Supernumerarias, supernumerarios: en el torrente circulatorio de la sociedad

Supernumerarias y supernumerarios: el rostro más frecuente del Opus Dei.

 Opus Dei





Numerarias auxiliares: Un hogar que se extiende hacia el mundo

Numerarias auxiliares: una llamada específica para cuidar y fortalecer los lazos familiares en el Opus Dei.

 Opus Dei

